

LA COMPOSICIÓN DEL CRIMEN. UNA APROXIMACIÓN ANALÍTICA de David Buil-Gil

Tirant Lo Blanch, 2022

Revista Española de Investigación Criminológica
Recensión 2, Volumen 20 (1) (2022)
DOI: <https://doi.org/10.46381/reic.v20i1.621>
www.reic.criminologia.net
ISSN: 1696-9219



Por: **Diego J. Maldonado-Guzmán** ¹

¹Universidad de Cádiz



Pocos libros conozco que aborden el fenómeno del crimen de manera tan pedagógica y rigurosa como lo hace esta obra. El empleo de un lenguaje llano se combina con ejemplos cotidianos que facilitan la comprensión de los contenidos expuestos, profundos al mismo tiempo dada la complejidad misma del fenómeno criminal. El libro concentra en apenas 120 páginas aquellos conceptos y teorías criminológicas más preponderantes para la explicación del crimen que se van presentando y enlazando con cada uno de los componentes en los que puede dividirse el evento delictivo, al tiempo que se presenta la evidencia científica alcanzada para cada uno de estos componentes. Este carácter pedagógico del análisis realizado por el autor, combinado con un abordaje íntegro de los contenidos básicos para empezar a comprender el crimen, es –a mi parecer– una de las virtudes que hace único a este libro.

Además, se trata, al menos hasta donde alcanza mi conocimiento, del primer trabajo escrito en español que se acerca al evento delictivo desde una aproximación analítica, esto es –como aclara el propio autor– a través de la deconstrucción del crimen en todos aquellos elementos que lo componen, analizando sistemáticamente cada uno de ellos para alcanzar una comprensión más profunda. La claridad expositiva de los contenidos y el orden en el que estos se presentan a lo largo de la monografía la convierten en una obra de lectura obligada para un amplio abanico de personas interesadas en la comprensión del crimen, desde estudiantes de los primeros cursos de Criminología hasta otros profesionales de disciplinas afines como la Psicología.

De hecho, la primera reflexión que hice tras leer tan solo unas pocas páginas de este libro fue lo útil que hubiese resultado haberlo tenido durante mis estudios de grado, precisamente porque no es, ni busca ser, un manual, sino una obra introductoria que narra los contenidos en forma de respuestas a una serie de preguntas que los estudiosos y los estudiantes de la ciencia criminoló-

gica –y no solo estos– se han formulado, siendo algún ejemplo: ¿por qué unas personas presentan mayor predisposición que otras a cometer crímenes? ¿por qué algunos objetos o personas son más victimizados que otros? ¿por qué determinados lugares concentra un mayor volumen delictivo en comparación con otras áreas? ¿por qué algunos modelos policiales o formas de control parental funcionan mejor en la prevención del crimen en comparación con otros modelos? Estas preguntas sirven de punto de partida para cada una de las partes en las que se divide el libro.

Como he señalado más arriba, David Buil se aproxima al evento delictivo de manera analítica, desmenuzándolo en todos aquellos componentes que lo integran. El autor explica que el crimen puede descomponerse en tres elementos necesarios para que este acontezca: (i) un potencial agresor, (ii) un objetivo o víctima y (iii) la ausencia de un guardián capaz de prevenir el crimen con su presencia. Aquellas personas con un conocimiento previo en Criminología se darán cuenta rápidamente de que estos elementos son los tres propuestos por la teoría de las actividades cotidianas desarrollada por [Cohen & Felson \(1979\)](#). Efectivamente. Y estos tres elementos servirán de hilo conductor de toda la obra. ¿Significa esto que el libro se configura como un trabajo centrado en el enfoque de la oportunidad delictiva que recapitula evidencias sobre la eficacia de estrategias de prevención de la criminalidad basadas exclusivamente en la táctica situacional? Nada más lejos de la realidad.

Aunque esta obra se vertebra a través de los tres elementos de la teoría de las actividades cotidianas, Buil encuentra de manera admirable la forma de integrar los componentes esenciales del crimen que emanan de la señalada teoría con las ideas de los principales enfoques teóricos que se han desarrollado desde el nacimiento de la Criminología como ciencia. A lo largo del libro se encuentran referencias a teorías de la tensión, del aprendizaje, del control social y, por supuesto, de la Criminología ambiental. David Buil acude a cada una de estas aproximaciones teóricas para ilustrar la manera en que la Criminología ha tratado de dar respuesta a las preguntas antes ejemplificadas, y que están vinculadas a cada una de las partes en las que el autor descompone el crimen, tal y como paso a sintetizar a continuación.

La obra de Buil se divide en cinco partes precedidas por dos prólogos y una bienvenida. El primero de los prólogos es elaborado por el Profesor Fernando Miró Llinares, el segundo por el Profesor Wesley Skogan, y en ambos se reconocen las bondades de este libro y se alaba la manera en que sintetiza la nueva ciencia criminológica y sus implicaciones para la sociedad. En la sección de bienvenida, es el propio autor quien se encarga de contextualizar al lector. En esta parte, David Buil resalta –y así lo recuerda a lo largo de las páginas del libro– la necesidad de no dejarnos cegar por las emociones que puedan derivarse del estudio de determinados tipos de crímenes como la agresión sexual o el acoso escolar. Si bien a todos puede horrorizarnos sucesos dañinos como los que acaban de citarse, es preciso tomar un distanciamiento emocional para garantizar un análisis preciso del crimen que nos permita entenderlo y abordarlo. No es el objetivo de este libro juzgar a aquellos que cometen crimen, ni tampoco a las personas que lo sufren ni a las que se encargan de castigarlo.

El autor introduce en esta parte de bienvenida cuál es el concepto de crimen manejado a lo largo de las páginas, advirtiendo que el término no queda limitado a aquellas conductas tipificadas como tal por el legislador de una región dada en un momento histórico concreto. Al contrario, siempre que Buil se refiera al crimen en su libro lo hará entendiendo como tal cualquier conducta desviada que altere la vida comunitaria. El autor huye así de un concepto normativo del delito rechazado por la Criminología moderna, y reconoce la problematización y amplitud del objeto de estudio de dicha

ciencia.

Dada la bienvenida al lector, el autor procede a dividir al crimen en sus tres elementos en la primera parte del libro: descomposición del crimen. En este primer capítulo el hilo conductor se constituye a través de cuatro ejemplos extremadamente sencillos y cotidianos que permiten a Buil introducir fácilmente cada uno de los componentes del crimen antes señalados: el agresor potencial, el objeto y la ausencia de un guardián capaz. Da igual si se trata del joven que hurta unas galletas en un supermercado o de una mujer que es estafada a través de una web de citas, los tres elementos descritos son comunes en todos los ejemplos, porque –de hecho– son los que explican que el crimen o la conducta desviada haya acontecido. La teoría de las actividades cotidianas de la que se extrae estos tres componentes es presentada también en esta primera parte de la monografía, explicándosele al lector que este enfoque teórico surge como respuesta a las teorías que habían colocado las causas del crimen en la desorganización social y en la pobreza y que fueron incapaces de explicar el aumento de las tasas delictivas en épocas de bonanza económica.

Tras presentar a los tres componentes del crimen y después de explicar por qué la teoría de las actividades cotidianas se constituye como el mejor marco teórico para explicar el evento delictivo, en la segunda parte del libro se desmenuza el primero de los elementos en los que aquel se descompone: el agresor. No es de extrañar que esta constituya la parte más extensa del libro, puesto que las teorías criminológicas han colocado tradicionalmente el foco de atención en el agresor, siendo más reciente la producción de evidencia científica respecto de los otros dos componentes del crimen. La pregunta de partida respecto del agresor cuya respuesta supone el grueso principal del contenido de esta segunda parte de la obra es ¿por qué ciertas personas están predispuestas (o motivadas) a cometer crímenes? Primero, el autor ofrece datos que demuestran –tanto a través de la prevalencia del crimen como de su incidencia– que existe una ley de concentración del crimen en agresores, esto es, que una alta proporción de crímenes es cometida por un pequeño porcentaje de aquellos. De hecho, el autor del libro exhibe la manera en que el crimen no solo se concentra en unos pocos agresores responsables de un alto porcentaje de crímenes, sino que estos se cometen sobre todo por personas con una edad determinada –dentro de la adolescencia– y un sexo específico –el masculino–. Es entonces cuando Buil recurre a los principales enfoques teóricos que han intentado dar respuesta a (i) por qué la conducta criminal o desviada es más propia de la adolescencia (ii) por qué algunos desisten de cometer crímenes cuando transitan a la edad adulta en comparación con otros que mantienen su carrera criminal –agresores persistentes– y (iii) por qué los hombres cometen más crímenes que las mujeres. Unos enfoques teóricos que, por cierto, no se han preocupado de dar respuesta a otra pregunta importante destacada por el autor: ¿por qué ciertas personas, al encontrarse con una oportunidad criminal, cometen un crimen?

En la respuesta a esta cuestión entran en juego los otros dos componentes del crimen: el objeto y el guardián capaz. En la tercera parte del libro se presenta el segundo de los componentes del crimen: el objeto. Se recoge la principal evidencia que existe sobre este componente y se ilustra con acierto la manera en que en muchas ocasiones no es tan sencillo realizar una separación nítida entre la víctima del crimen, el objeto del crimen y el guardián capaz de prevenir el crimen. Dos preguntas asociadas a la tercera parte del libro sería: ¿por qué hay personas que sufren más crímenes que otras? y ¿por qué hay personas que cometen y sufren más crímenes que otras? El autor expone con claridad la manera en que aquellos enfoques teóricos del control, de la tensión y del aprendizaje social a los que acudió para dar respuesta a las preguntas de la primera parte sirven también para responder a estas preguntas. De nuevo, a través de ejemplos sencillos David Buil transmite al lector

la manera en que un mismo objeto –un lingote de oro, por ejemplo– puede ser un objetivo atractivo, con valor para el crimen o un elemento difícil de sustraer que disuadirá al potencial agresor de robarlo según las características de dicho lingote y según el contexto situacional.

En el cuarto capítulo se aborda el tercer componente del crimen: el guardián, o mejor dicho la ausencia de este. En esta sección el autor aclara con fortuna que el guardián capaz de prevenir el crimen con su presencia no se limita- ni mucho menos- a la figura de la policía. De hecho, recoge de manera muy ilustrativa en una tabla algunos ejemplos de guardianes capaces que pudieran resultar efectivos en la tarea de prevención del crimen mediante su actuación sobre distintos tipos de objetos y en variados tipos de escenarios (públicos, semipúblicos, semiprivados y privados). Recapitula –además– las evidencias científicas halladas sobre la efectividad en la prevención del crimen por parte de distintos tipos de guardianes: (i) los padres a través del control de estos sobre sus hijos, (ii) los vecinos a través de la cohesión social y las expectativas recíprocas de acción común y de confianza mutua, (iii) los gestores del lugar y (iv) los distintos modelos policiales.

Por último, en el quinto capítulo de este libro se desarrolla el concepto del crimen como un evento en el lugar y el tiempo. Claro que el crimen necesita de un agresor que quiera cometerlo, de una víctima u objeto del crimen y de la ausencia de un guardián que incline la balanza del agresor hacia la comisión del crimen en ese cálculo de costes beneficios. Pero todos estos elementos han de confluír en el espacio y en el tiempo. Es aquí donde entra principalmente en juego los postulados de la Criminología ambiental, y surgen cuestiones de tipo: ¿por qué unos lugares concentran un mayor número de crímenes que otros? En esta última parte se exponen las evidencias halladas sobre qué tipos de calles, espacios, elementos ambientales y estructuras sociales y del entorno urbano facilitan que ocurra el crimen. La prevención del crimen a través del diseño urbano y las evidencias halladas sobre las rutinas del viaje al crimen y sobre los patrones delictivos de agresores y víctimas y la manera en que estos confluyen en el espacio ocupan un papel importante en este capítulo último.

El esfuerzo realizado por Buil, más que evidente y constatado a lo largo de las páginas de esta obra, no impide realizar una serie de consideraciones al autor, principalmente en su abordaje del fenómeno criminal usando como base teórica –y que a la vez enerva el contenido del libro– el enfoque de las actividades cotidianas. Si bien es cierto que el paradigma de la oportunidad delictiva facilita la aproximación analítica al crimen al descomponerse este en tres elementos siempre presentes, el autor deja a un lado aquellas concepciones del fenómeno delictivo arrojadas por la Criminología crítica. Y lo hace a pesar de advertir al principio de su obra que abraza una noción amplia del crimen que escapa de la tradicional definición normativa. Bien es cierto que para que acontezca el crimen como evento, han de estar presentes –en idéntico espacio y tiempo– los elementos abordados por el autor en el libro, pero también debe existir un consenso social que entienda que la conducta realizada por el potencial delincuente es un crimen (Hagan, 1977).

Del mismo modo que debe haber un acuerdo social para definir el crimen como tal, y por tanto al sujeto que lo realiza como delincuente –un proceso que, por cierto, no es contemplado por la teoría de las actividades cotidianas– la víctima adecuada debe de ser así considerada no solo por el victimario, sino también por el conjunto de la sociedad. En este sentido, Christie (1986) explica que el estatus de víctima no se deriva tanto del simple hecho de haber experimentado un crimen, sino más bien de que dicho estatus haya sido atribuido a través de un proceso de reconocimiento. Por tanto, Buil podría haber discutido sobre aquellos procesos por los que la víctima se convierte en adecuada como resultado de no ser considerada como merecedora de ese estatus de víctima, con independencia de las cualidades que reúna el sujeto para ser etiquetado como adecuado bajo el

enfoque de la oportunidad delictiva. Negar el estatus de víctima es una de las técnicas de neutralización aludidas por Sykes & Matza (1957) para explicar el comportamiento criminal. Si bien Buil cita a estos autores en su obra, no discute sobre cómo la negación de la víctima por parte del potencial delincuente influye en la definición de esta como adecuada y como no merecedora de tal etiqueta. Se elude así a un proceso por el que la víctima es adecuada no por las cualidades que reúne, sino por las que le otorga –o le niega– el potencial agresor.

Por otra parte, descomponer el crimen usando los elementos aludidos por la teoría de las actividades cotidianas implica asumir que la motivación del potencial delincuente para delinquir es constante, de manera que, ante la presencia de cualquier oportunidad para cometer el crimen, el delincuente actuará y el comportamiento criminal tendrá lugar. Esto implica obviar que puede ocurrir el proceso contrario propuesto por la teoría de la desorganización social (Shaw & McKay, 1942): la oportunidad delictiva es constante y lo que varía es la motivación para delinquir. Buil podría haber incluido en su obra una discusión breve sobre la necesidad de integrar ambos enfoques, habida cuenta de que las dos teorías se desarrollan observando procesos de transformación social que desde hace unas décadas están revirtiendo con los procesos de gentrificación y turistificación (Maldonado-Guzmán, 2022). En esta línea, la obra podría haber incluido una breve discusión sobre la manera en que ciertos espacios de la ciudad reúnen a potenciales delincuentes y objetivos adecuados en un contexto comunitario en el que la incapacidad del guardián para evitar el crimen viene representada por un barrio con dificultades para realizar valores comunes y para ejercer mecanismos informales de control social.

A pesar de estas observaciones, que adoptan más bien forma de sugerencias, Buil deja pocas cosas en el tintero si se tiene en cuenta los objetivos de su obra. Por tanto, finalizo, como no podía ser de otro modo, agradeciendo al autor su esfuerzo por poner a disposición de todos los interesados en la comprensión del crimen una obra introductoria que condensa todos aquellos conceptos e ideas más importantes. Esta obra supera con creces el objetivo marcado por el autor: describir las claves para que todo aquel que haya leído este libro pueda descomponer analíticamente un crimen que haya presenciado o sobre el que ha tenido conocimiento. No obstante, el autor revela un segundo objetivo al final de su libro. Pero ahí serás tú, potencial lector de esta obra, quien decida si esta segunda meta está superada. Ahora solo me queda recomendar la lectura, y desear que lo disfruten tanto como lo hemos disfrutado muchos.

Referencias bibliográficas

- Cohen, L. & Felson, M. (1979). Social Change and Crime Rate Trends: A Routine Activity Approach. *American Sociological Review*, 44(4), 588–608. <https://doi.org/10.2307/2094589>
- Christie, N. (1986). The Ideal Victim. In E. A. Fattah (Ed.), *From Crime Policy to Victim Policy* (pp. 17–30). Palgrave Macmillan UK.
- Hagan, J. (1977). *The disreputable pleasures*. McGraw-Hill Ryerson.
- Maldonado-Guzmán, D. J. (2022). Savage tourism and its implication in theoretical criminology: a shift towards social disorganization. *Current Issues in Tourism*, 1-15. <https://doi.org/10.1080/13683500.2022.2034758>
- Shaw, C. R., & McKay, H. D. (1942). *Juvenile delinquency and urban areas*. University of Chicago Press.
- Sykes, G. & Matza, D. (1957). Techniques of neutralization: A theory of delinquency. *American Journal of Sociology*, 22, 664-670.